

“La sana alternativa no ha de ser aquí otra que la de la absoluta prioridad del *dejar hablar a los textos* conforme al ‘sentido literal’ que reclamaba Bataillon”. (Francisco Márquez Villanueva, “El problema con nuestros clásicos”, *Quimera*, 169, mayo de 1998)

En la reunión del Consejo del Departamento de Literatura Española de esta Universidad de Sevilla celebrada el 16 de octubre de 2002, propuse a mis compañeros organizar un homenaje a Francisco Márquez Villanueva, que en marzo del año anterior había cumplido los setenta años, y había decidido aligerarse ya de las tareas docentes que ejercía, en las últimas décadas, en la Universidad de Harvard. Como no podía ser de otra manera, mi propuesta fue aprobada por unanimidad y apoyada calurosamente. Todos estaban encantados con la idea y así lo manifestaron. Había llegado la hora de que esta Universidad hiciera un reconocimiento público y solemne a su extraordinaria obra, y que la Sevilla académica saldara una gran deuda que, desde antiguo, tenía con él.

La verdad es que hacía algún tiempo que yo venía dándole vueltas a este proyecto, que cuajó de modo definitivo luego de una conversación con nuestro amigo André Stoll, de la Universidad de Bielefeld, en la que Paco Márquez había estado en varias ocasiones en los últimos años. También me animaron a llevarlo a cabo otros dos amigos comunes, Michel Cavillac y Luisa López Grigera, a quienes había comunicado mi intención. Con estos apoyos, los de dentro de casa y los de fuera, difundí la idea que ha tenido una respuesta excelente, y el resultado ha sido este libro en dos volúmenes que ahora ve la luz.

A mí personalmente –como a otros compañeros de departamento– me une con Paco Márquez una relación de amistad, que comenzó hace ya bastantes años y que con el paso del tiempo se ha consolidado. No había yo comenzado todavía mis estudios en la Universidad cuando ya sabía por sus primos Paco y Pepe Márquez –amigos míos desde la infancia y a los que Paco siempre ha estado muy unido– que un joven profesor adjunto de don Francisco López Estrada había defendido con notable éxito su tesis doctoral. Era una de las primeras tesis que se presentaban en la Universidad de Sevilla, ya que estos actos académicos se celebraban hasta entonces en Madrid. Corría el año de 1958, y el trabajo se publicó poco después, en 1960, por la Real Academia Española: *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato. Contribución al*

*conocimiento de la literatura castellana del siglo xv*. De la importancia y calidad de este trabajo primero baste decir que sus planteamientos y conclusiones están hoy tan vigentes como cuando apareció la obra. El libro, además, daba pistas inequívocas a los lectores de algunos de los campos de interés que iban a ocupar su dilatada y fructífera vida de investigador.

La década de los cincuenta del siglo pasado no fue nada buena para la universidad española en general, y la sevillana en particular. Las tensiones políticas estaban muy al vivo, y la confrontación entre unos y otros grupos ideológicos hacía harto bronca y muy poco grata la vida universitaria. El claustro hispalense contaba con reconocidos maestros por su prestigio intelectual y por su talante liberal –quiere recordar a don Ramón Carande, don Manuel Giménez Fernández, don Alfonso de Cossío, don Juan de Mata Carriazo, don Francisco López Estrada–, pero junto (o frente) a ellos había un grupo mucho más numeroso de docentes claramente conservadores y fieles al sistema que regía la vida española. Además, era difícilísimo –cuando no imposible– encontrar un puesto en los desnutridos departamentos –entonces se llamaban seminarios– de las facultades, en las que sólo el catedrático podía vivir de su trabajo universitario con una cierta dignidad; para los demás profesores, todos prácticamente interinos, la profesión no daba nada más que para ir tirando de modo un tanto vergonzante. Quedarse en Sevilla era pluriemplearse en un sinfín de clases en academias y colegios privados, para sólo poder dar, de cuando en cuando, algunas prácticas en la Universidad, y sobre todo era luchar, claramente en desventaja y con un resultado que se presumía muy adverso, con la ideología triunfante en aquella España de la dictadura. Paco Márquez, que sufrió un rechazo frontal a sus ideas y planteamientos por parte de los capitostes universitarios, decidió encontrar mejor fortuna fuera de las fronteras peninsulares, siguiendo la estela de otros –demasiados– hombres ilustres de nuestra intelectualidad que, hacía dos décadas, habían marchado, de prisa y corriendo, a buscar una vida menos conflictiva en tierras americanas.

Su larga carrera docente se ha desarrollado, pues, en su totalidad, salvo sus cortos inicios, fuera de España. Desde 1959, ha enseñado en diversas universidades de Estados Unidos y Canadá: comenzó como *instructor* en la *Harvard University*, pasó luego como *assistant professor* a la *University of British Columbia* (Vancouver) y vuelta a Harvard, para ocupar, ya como *professor*, sucesivamente las cátedras de los departamentos de Lenguas Románicas de *Rutgers University*, en New Jersey (1967-1968), *Graduate Center* y *Queens College* (C.U.N.Y., 1969-1978), y *Harvard University*, en la que en la actualidad, desde 2001, es *Arthur Kingsley Porter Research Professor*. A lo largo de estos años, Márquez Villanueva ha impartido también docencia como *visiting professor* en otros centros de Estados Unidos, Puerto Rico, en Burdeos, en el Colegio de México, en Bielefeld, y en varias universidades españolas.

Creo que fue justamente como profesor visitante, disfrutando de un semestre sabático, cuando pasó en Sevilla el de la primavera de 1975; pero antes, en 1973

impartió en nuestro Departamento, para los alumnos de cursos superiores y para sus jóvenes profesores –y yo me encontraba entre ellos–, dos seminarios magistrales, uno sobre Cervantes y otro sobre Lope. Los que asistimos a sus lecciones todavía comentamos aquellas clases inolvidables en las que nos iluminó horizontes imprevistos por nosotros y nos mostró métodos desconocidos, por no habituales, en la interpretación de los textos literarios. Nos enseñó a dejar que los textos hablaran, bien es verdad que para oírlos era condición imprescindible estar sólidamente preparados.

Por entonces ya había publicado, en 1968, *Espiritualidad y literatura en el siglo xvi*, una obra deslumbrante con tres trabajos verdaderamente seminales sobre Guevara, *Lazarillo* y Santa Teresa. En 1973 había aparecido sus *Fuentes literarias cervantinas*, libro que aseguraba de modo firme uno de sus campos preferidos de estudio en el que es maestro incuestionable. En aquellos meses del setenta y tres trabajaba, muy ilusionado, en su segundo gran libro sobre la obra cervantina, *Personajes y temas del Quijote*, que vería la luz en 1975. Me lo regaló recién salido de la imprenta con la fotografía original de donde los impresores de la Editorial Taurus habían tomado la que figura en la contracubierta.

Algunos especialistas, con toda la razón del mundo, reconocen que estas dos obras de Márquez Villanueva constituyen una de las más serias aportaciones del siglo xx al estudio del *Quijote*. Luego han venido otros trabajos sobre Cervantes y su obra, algunos de ellos reunidos en el libro *Trabajos y días cervantinos* (1995), que me envió –como ha hecho con todos los suyos– con una dedicatoria que ahora quiero recordar porque viene muy al caso: “con el más cordial recuerdo del cervantista hispalense en el exilio”.

Los más de veintitantos estudios aparecidos hasta ahora lo colocan, de modo preferente, en la primera línea del cervantismo de todo un siglo; y no sólo por el número de sus publicaciones sino, sobre todo, por la calidad de sus aportaciones, la originalidad de sus interpretaciones y la solidez de sus argumentos. A Cervantes ha vuelto Paco Márquez una y otra vez, fascinado siempre, atraído por un placer que, según ha confesado, no está exento de una buena dosis de frustración. “Quien penetra en este mundo [en el mundo del *Quijote*, según decía él mismo en una notable entrevista que le hizo hace apenas un año Yannick Llored], permanece en él por siempre cautivado por el dulzor de su miel, y yo no sería capaz de describir de otro modo lo que podríamos llamar las recaídas que, de manera repetida, me seducen y distraen de la investigación de otros campos de estudio”. Lo que Márquez ha pretendido y logrado es colocar en la modernidad el *Quijote*, como las otras obras del escritor alcalaíno. En el caso de Cervantes –tanto o más que en el de otros, que también ha estudiado– ha trazado con sutileza y maestría la relación entre el autor y su obra, que constituye –y son palabras suyas– un delicado paso del proceso crítico, ya que es imprescindible conciliar el cuadro socio-histórico con el problema de la personalidad, pero también con el de la experiencia no menos irrecuperable del acto creador.

Para Cervantes, que poseía una cultura muy vasta, pero una cultura de procedencia autodidacta desde luego bien asimilada, la poesía, y por extensión la literatura, significa la autonomía por excelencia de la belleza para restituir la dignidad al hombre y lograr su felicidad, y no un juguete para el entretenimiento de un puñado de sabios según los postulados de la estética heredada de la Antigüedad. Contra el academicismo salido del Concilio de Trento, Miguel de Cervantes defendía la libertad del poeta.

Y detrás de Cervantes, Lope, al que ha dedicado varios artículos y un libro, *Lope: vida y valores*, que se publicó en 1988; Guevara, al que vuelve en varios periodos de su larga vida de estudioso, y Santa Teresa, Fray Luis de León, Quevedo... mucho castellano, por cierto, —como me decía en una ocasión—, todos muy cerca de las cortes de Carlos I y Felipe II, en Toledo, Madrid, Valladolid, Salamanca, pero también Sevilla: ahí están sus artículos sugerentes siempre, desentrañadores del alma abismada de Mateo Alemán, cuya obra ha analizado como pocos. Y *el burlador de Sevilla*, y la *Lozana andaluza*, la cordobesa transplantada de su tierra natal a la abigarrada Roma de la segunda década del Quinientos, a la fuerza, huyendo del ambiente insostenible del rigorismo fanático de las ideologías totalitarias. Asimismo, ponemos en su haber acercamientos, aunque menos frecuentados, a otros autores como Herrera.

Pero no sólo ha prestado atención a los Siglos de Oro, también la Edad Media ha sido motivo de su asidua reflexión crítica y esclarecedora con estudios, una vez más, de gran calado. A Alfonso X ha dedicado varios artículos y, sobre todo, un libro de consulta imprescindible, *El concepto cultural alfonsí*, aparecido en 1994, y vuelto a editar renovado y enriquecido muy recientemente (2004), donde se pone de manifiesto su interés continuado, desde fechas muy tempranas de su producción científica hasta hoy mismo, por la personalidad y la obra del rey castellano, que supo armonizar en convivencia las tres leyes de que se abastecían la vida y la cultura en los siglos centrales de la plena Edad Media castellana. Lo que Márquez Villanueva denomina el “concepto cultural” del rey Alfonso X se asienta en la secularización del saber que se fragua en la Escuela de traductores de Toledo en la que los intelectuales judíos tuvieron un papel impagable. Esta secularización posibilitó que por la España del siglo XIII se extendieran los conocimientos científicos árabes, y para ello fue imprescindible que el castellano se convirtiera, con el decidido apoyo del rey Sabio, en lengua de cultura, lo que sin duda alguna es un hecho diferencial excepcional. Pero este logro se vino abajo por completo con la expulsión de musulmanes y judíos.

El *Libro de buen amor* y *La Celestina* son otros temas de reiterada atención en la bibliografía de Paco Márquez. Su agudeza crítica ha puesto de relieve aspectos de la obra del Arcipreste sobre los que los lectores, incluyendo a los más perspicaces, habían pasado sin caer en la riqueza polisémica de los términos tan sutil e irónicamente manejados por el autor. A *La Celestina* ha dedicado varios estudios, sobre todo un libro definitivo, *Orígenes y sociología del tema celestinesco* (1993), donde, de nuevo, ha dejado el testimonio de su profundo saber y extensos conocimientos, asentados

con solidez envidiable en un sinfín de lecturas, en noches pasadas en claro en su despachito de la tan bien abastecida biblioteca de la Universidad de Harvard. En estos estudios ha conseguido demostrar, con muy escasa opción a la réplica, lo que a él le gusta llamar “la mutua fecundación de culturas”. Y esta fecundación se lleva a cabo de manera espontánea, sin violencias, en el contexto integral de la vida de los hombres de la época. En efecto, en esta obra universal, a la base humanista de Fernando de Rojas se suman tradiciones semíticas que conforman el personaje de la alcahueta tal como se manifiesta en *Celestina*. Es un caso evidente de la interacción productiva de la aculturación en que vivía un gran sector de la población hispana de la Edad Media.

No quiero olvidar en este sumario recorrido por su obra, sus estudios sobre *Cárcel de amor*, con su interpretación tan aguda del problema “político” (y el término se llena en sus páginas de resonancias ideológicas) que subyace en la intriga de la preciosa novelita sentimental. Y claro es, su reciente *Santiago: Trayectoria de un mito*, aparecido en 2004, libro que cualquier lector agudo de su obra debía de haber previsto que un día aparecería, como así ha sido. Nadie mejor que Márquez Villanueva para explicar este mito que es piedra angular en que se asienta la hispanidad oficial y de toda la vida, y al que su maestro, don Américo, había dedicado páginas polémicas, sin duda, pero muchas de ellas, a nuestro parecer, certeras.

Su inquietud intelectual le ha llevado a transitar por otros campos de interés, con planteamientos siempre personales y aportaciones siempre sugerentes. Me refiero a la literatura del “loco” y a la del erotismo. Al tema primero dedicó varios estudios en la década de los ochenta, y dirigió un número monográfico de diversos autores en la década de los ochenta, y dirigió un número monográfico de diversos autores para la *Nueva Revista de Filología Hispánica* (1985-1986) titulado *Literatura bufonesca o del ‘loco’*. Sus trabajos sobre literatura erótica se sitúan, sobre todo, en la década siguiente, y también en este caso se responsabilizó, con Luce López Baralt, de otro volumen colectivo que lleva el título de *Erotismo en las letras hispánicas. Aspectos, modos y fronteras*, publicado en El Colegio de México (1995).

Hay unos temas recurrentes en los estudios del profesor Márquez Villanueva, a los que, desde los primeros años en que da comienzo su producción investigadora hasta hoy mismo, vuelve una y otra vez con el mismo entusiasmo e igual afán de perfilar la singularidad de la historia de España. En su larga obra, Márquez destaca las peculiares características socioculturales de España para mostrar hasta qué punto los problemas derivados de la presencia, las relaciones y la herencia de las tres leyes (cristiana, musulmana y judía) conforman la singularidad de esta historia. Una vez más hay que resaltarlo: las tres culturas se fecundan mutuamente.

Ha rehabilitado el concepto de mudéjar para definir una buena parte de la cultura medieval hispana. En el mudejarismo ve un vasto fenómeno de hibridación en el que se combinan elementos del mundo oriental con otros del occidental, de modo que lo mismo que ocurría en la arquitectura se ha producido también en el pensamiento,

la literatura, las instituciones o la política. Naturalmente, este hibridismo se puede apreciar también en algunos aspectos de lo religioso, derivando a un sincretismo que perduró en la Península desde los siglos centrales del medievo hasta finales del Quinientos.

Numerosos son sus trabajos sobre el problema morisco y el tema de los conversos. Justamente, uno de sus libros clarificadores de su postura ante los primeros se titula *El problema morisco (Desde otras laderas)*, que vio la luz en 1991. Márquez Villanueva ha demostrado que numerosos conflictos políticos y sociales que se sucedieron a lo largo del siglo XVI cristalizaron sobre esta comunidad que ni era homogénea ni tenía influencia ni poder, para terminar con su expulsión entre 1609 y 1614, expulsión injusta y a todas luces desacertada con consecuencias irreparables para la economía de la Península y que trajo la desgracia sin paliativos a estos españoles arrojados, sin razón y sin piedad, de su patria.

Lo mismo ha ocurrido con el tema de los conversos, cuya situación fue harto compleja en la sociedad española de los siglos XV y XVI. Analizando, en muchos de sus trabajos, numerosas producciones literarias e intelectuales de este amplio y diverso grupo social, ha puesto al descubierto la variedad de las opciones socio-políticas y las diferentes actitudes con respecto a las estructuras de poder que supuso la presencia secular de minorías en España, al tiempo que ha mostrado las repercusiones que esta compleja minoría novocristiana tuvo en la historia religiosa y en los diferentes dominios del pensamiento en España, y ha dado a conocer las formas de discriminación de que fue víctima una buena parte de estos españoles. Todo esto, de una incuestionable importancia, le ha conducido –y así lo ha hecho porque lo consideraba ineludible– a establecer un nuevo paradigma relativo al hecho cultural hispano, que, dada su singularidad, ha precisado del concurso de diferentes disciplinas, desde la historia y la antropología a la literatura, creando una hermenéutica propia que sostiene su reflexión teórica y su práctica de lectura. De este modo se ha comprometido en contar la historia insoslayable de este pueblo nuestro.

Qué duda cabe de que sus dominios de investigación son la Edad Media y los Siglos de Oro; son sus espacios naturales y sus numerosos trabajos resultan fundamentales para el conocimiento de la historia cultural, intelectual y literaria de estas dos grandes épocas. Pero sus lecturas han sido siempre muy amplias, su curiosidad inmensa, y ha saltado hacia otros pagos más cercanos a nuestros tiempos, con una especial y reiterada atención a la obra de Gabriel Miró, por el que siempre ha sentido una atracción que viene produciendo frutos desde 1969 cuando dio a la estampa su primer artículo sobre el fino escritor alicantino, al que dedicó, en 1990, su libro *La esfinge mironiana y otros estudios sobre Gabriel Miró*. Testimonio también de este interés por las letras contemporáneas es su reciente edición de *Aita Tettauen* de Benito Pérez Galdós.

De este modo, su enorme labor investigadora se nos presenta con una singularidad llamativa en el panorama de los estudios hispánicos contemporáneos al ofrecer una visión muy cohesionada de la historia política y cultural de España, en la que han entrado en juego elementos de diferentes culturas que se han integrado de manera fecunda para conseguir lo esencial y determinante de lo que entendemos por literatura española. Sólo comprendiendo a fondo la elaboración de estos elementos integradores se puede llegar –como él ha llegado– a desentrañar la significación de algunos de los textos más representativos de nuestra literatura clásica.

Viajero incansable, no tiene la menor pereza en tomar la maleta, las más de las veces en compañía de Teresa, sobre todo ahora que los hijos se han hecho mayores, y así ha impartido seminarios y leído conferencias por medio mundo: de Israel a Corea del Sur y Japón, de Brasil y Argentina a México, de Túnez y Marruecos a una buena parte de Europa. Incontables son las dictadas en universidades y centros de EEUU y Canadá, y numerosas las leídas en España, donde es difícil que se pierda un congreso de sus campos de interés.

Pertenece al Consejo de Redacción de algunas de las más prestigiosas revistas del hispanismo internacional: *Bulletin of Hispanic Studies*, *Cervantes*, *Harvard Library Bulletin*, *Hispanic Review*, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Quaderni Iberoamericani*, *La Torre*, etc. Y, muy merecidamente, ha recibido no pocos nombramientos, distinciones y honores; miembro de diversas asociaciones internacionales y academias de varios países, posee la Orden de Isabel la Católica, concedida en 1987, ha sido distinguido con la Medalla de la Ciudad de Sevilla y con la Medalla de Oro de Andalucía con el nombramiento de “Hijo predilecto” por esta Comunidad autónoma, en 2004.

Con esta obra que ahora publicamos en su honor y en la que ha colaborado un buen grupo de amigos, investigadores destacados del amplio mundo del hispanismo internacional, queremos hacerle un reconocimiento académico, en Sevilla y desde Sevilla, por su magisterio ejemplar y por su obra de investigación excepcional en el campo de los estudios hispánicos.

PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ

Nota:

A la labor investigadora y al análisis de la obra de Francisco Márquez Villanueva, ha dedicado un número monográfico la revista *Anthropos*, 137, octubre de 1992. Véase también: Yannick Llored, “Entretien avec Francisco Márquez Villanueva: Histoire intellectuelle et interculturalité en Espagne”, *Horizons maghrébins. Le droit à la mémoire*, 50 / 2004 (Presses Universitaires du Mirail). Y del mismo Llored, “Prácticas de Lectura e interpretación en España”, *Quimera. Revista de Literatura*, 202 (abril 2001), pp. 28-39.